

ESQUI DE TRAVESÍA



Macizo de Monte Rosa y Liskamm desde Rotenboden.

Monte Rosa con esquís

LUIS ALEJOS

Al refugio en tren

Tras un opíparo desayuno regado con cerveza embarcamos en el ferrocarril de Zermatt y después del paseo de rigor continuamos viaje en el tren cremallera de Gornergrat sin atrevernos a pensar en el importe del billete. Hasta nuestro destino son 1.200 m. de desnivel en un recorrido de 8 km. que ciertamente no tiene precio. Nada más despegar de Zermatt asoma el Cervino, demasiado blanco todavía para emprender ascensiones veraniegas. Conforme nos elevamos aparecen el Diente Blanco, Weisshorn y nuestro Alphubel, que por este lado en nada se parece al de la víspera (1).

Al llegar a Rotenboden (2.815) no podíamos empezar a caminar sin antes tomar nota de la belleza del entorno: el Cervino reflejado en el estanque de Riffelsee, los cuatromiles que van del Breithorn al Monte Rosa, el gigantesco glaciar del Gorner... Estamos ante uno de los panoramas más espectaculares de los Alpes, dispuestos a volver a superar nuestro techo con esquís.

(1) Ver «Esquí de montaña en los Alpes del Valais», de Luis Alejos, en Pyrenaica n.º 149, páginas 330-332.

Para empezar y sobre el mapa, la cosa es bien fácil: descender algo más de 200 metros hasta el glaciar y recuperar algo menos para llegar al refugio. La realidad no es tan simple. La senda es excelente, pero al poco de emprender la marcha se eleva sin razón aparente, lo cual no resulta divertido cuando la mochila va sobrecargada con el peso de los esquís. Llega por fin el descenso de verdad, conduciéndonos al borde del glaciar (2.657) (1,00).

Por el camino nos cruzamos con la gente que regresa. Los que vienen del Monte Rosa han preferido el Nordend (4.609) al Dufourspitze (4.634). Los criterios para esa opción son: 1) posibilita llegar más alto con esquís; 2) en los tramos rocosos persiste la nieve y el hielo; 3) la cresta cimera del Nordend es íntegramente de nieve. De estos razonamientos deducimos que también nosotros deberíamos dirigirnos al Nordend.

El itinerario que cruza el glaciar está balizado con embudos que cumplen la función de sirenas cuando hay niebla y sopla el viento. Las grietas son escasas, pero en la morrena central es inevitable resbalar con la grava que cubre al hielo.

El glaciar Gorner tiene en este sector unos dos km. de ancho. Al llegar a la orilla

opuesta (2.600) (1,45) sólo resta superar el promontorio donde se asienta el refugio. La tarea no resultará nada cómoda. El primer tramo está formado por pulidos canchales; luego aparece una morrena, evidentemente formada con escurridizos materiales de aluvión. Con nieve abundante resulta más liviano, pues se asciende por el glaciar de Grenz hasta el nivel del refugio. Hay una senda en construcción que produce grandes sustos al tronar los barrenos.

El refugio del Monte Rosa (2.795) (2,15) ha sido ampliado recientemente, por lo que sus instalaciones están en consonancia con las actividades que se realizan en su entorno. En la panorámica que desde él se abarca siguen presentes Cervino y Diente Blanco, aunque por la proximidad resultan más impresionantes el Breithorn, los hermanos Pollux y Castor y sobre todo, la gélida muralla septentrional del Liskamm.

En busca del cuatromil de mayor desnivel

Ya hemos logrado un récord; aquí hay que levantarse a las dos de la madrugada. No es para menos, nos espera un desnivel



de 1.800 metros, el mayor de las vías normales a las altas cumbres alpinas. Pero resulta que despedimos un día claro y el nuevo se anuncia nublado. Esta contrariedad nos hace titubear: ¿Vamos a enfrentarnos al colosal Monte Rosa en semejantes condiciones?

¡Si los austríacos se atreven, nosotros no vamos a ser menos! Ellos, únicos acompañantes del refugio aparte de los guardianes, hace poco que salieron. Nosotros lo tomamos con más calma, intuyendo tal vez que en el momento de empezar a descender las escaleras comenzaría a chispear.

Verificada esa señal inequívoca de mal tiempo no tardamos un minuto en volver a ocupar la colchoneta que todavía conservaba el calor de nuestros cuerpos. Al poco rato retornan también los austríacos, vestidos de blanco.

A media mañana volvió a lucir el sol, diluyendo rápidamente la nieve fresca. Teníamos por delante una jornada de reposo que no habíamos previsto y que dedicaríamos a jugar con las marmotas y charlar con la pareja que atiende el refugio. Los austríacos

Nordend y Monte Rosa desde el glaciar de acceso.

Nordend desde la cresta cimera del Monte Rosa.



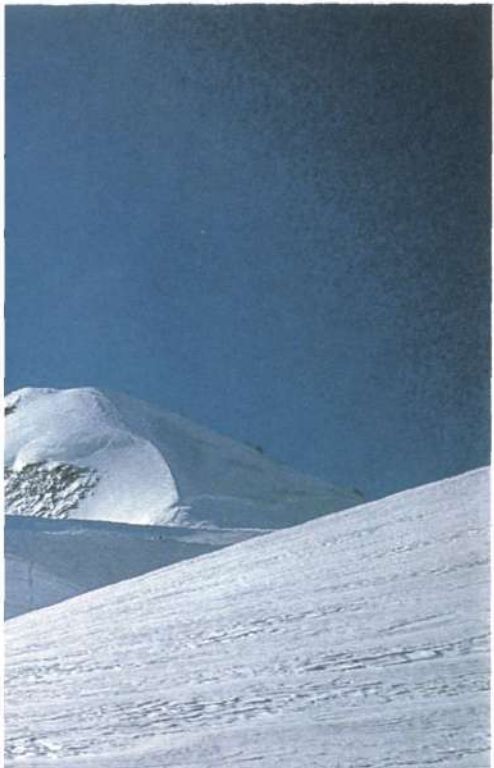
marcharon; al día siguiente nos encontraríamos completamente solos en un mundo desconocido. Esa circunstancia añadía emoción a la aventura.

Cuando a las dos vuelve a sonar el despertador habríamos deseado que se repitiese la escena de la víspera, mas la luna nos anima a caminar en su grata compañía. Al ponernos los esquís, observando que la nieve está muy dura, incorporamos las cuchillas. Una pendiente helada, que remontamos en diagonal para eludir un tramo rocoso de la morrena, nos hace sudar y disipa el sueño.

Superada la morrena (3.100) (1,00) nos vemos ante un resalte muy empinado donde se entremezclan roca y nieve. La borrasca de la víspera ha borrado todo vestigio de hue-

llas; tendremos que agudizar el instinto para orientarnos. Proseguimos por una pala de nieve que dejamos a media altura para tomar un pasillo entre rocas. Vamos progresando hacia la izquierda (NE) hasta dar con una ladera despejada; la barrera rocosa va quedando a nuestro pies. En seguida alcanzamos un rellano (3.300) (2,00) donde el panorama se ensancha y el espacio se torna uniformemente blanco. El horizonte comienza a teñirse de púrpura.

A partir de este lugar desaparecen los obstáculos y las pendientes son más suaves, por lo que avanzamos rápido, siempre con la cautela de dosificar las fuerzas. La ruta discurre por palas inmensas en un marco de fantásticas formaciones de hielo y nieve. La



pal. De modo que nos dirigimos hacia una gran comba de nieve (4.200) (4,15) situada en la base del punto culminante.

La enorme cantidad de nieve acumulada a estas alturas nos ha obligado a bajar el ritmo de la marcha, cayendo todavía más en la empinada ladera que conduce al Sattel. Es duro progresar en una nieve que se desmorona como la arena de una duna, teniendo además presente el riesgo de avalancha que conlleva. En la horcada (4.350) (5,45) nos recibe un fuerte ventarrón y damos vista al Signalkuppe (4.554) en cuya cima se encuentra la cabaña Margarita, el más elevado de los refugios alpinos.

Agobiados por el tiempo invertido en las últimas pendientes sustituimos rápidamente los esquís por los crampones, lanzándonos a la pronunciada cresta donde afloran placas de hielo. Se avanza seguro a golpe de piolet, pero ocurre algo imprevisible: la dureza del hielo me afloja los crampones una y otra vez. A duras penas logro proseguir hasta que me encuentro con Iñaki en la cota (4.499) (6,15).



Fotos del autor.

Cumbre del Dufourspitze-Monte Rosa desde la cresta.

Allí está él, aguantando el vendaval y quejándose de las manos. Ha inspeccionado el terreno, encontrando la cresta cimera saturada de nieve y hielo. La situación es delicada, ¿vamos a complicarla todavía

más? La sensatez se impone y dirigiendo una furtiva mirada al pináculo rocoso del Monte Rosa que se eleva 135 metros sobre nuestras cabezas, a la serena cumbre del Nordend, tan próxima que vemos hasta las huellas de la arista, al imponente Liskamm que apenas nos supera en altura; a los vastos glaciares que nos rodean... nos acordamos emprendiendo la retirada.

Pesar y satisfacción

Abajo volvemos a calzarnos los esquís y, muy suavemente para evitar provocar un alud, descendemos la inestable ladera del Sattel, deteniéndonos en un lugar que domina el escenario de nuestra odisea. En la emoción que sentimos se mezcla el pesar de no haber alcanzado el punto culminante con la satisfacción de haber estado en la cota 4.499 llegando con esquís hasta 4.350 m. Por encima de cualquier otra valoración, la experiencia nos ha servido para familiarizarnos con la práctica del esquí en el ambiente más puro y salvaje de la montaña alpina.

El descenso resultó fascinante: en cuanto dejamos la zona de nieves profundas; aunque en los niveles más bajos (3.000) la nieve estaba ya muy pesada. De la cota 4.499 al refugio tardamos menos de dos horas, descendiendo 1.300 m. en una sola hora. El recorrido total nos llevó ocho horas y cuarto, alcanzando las once con paradas.

Por la tarde volvimos a cruzar el glaciar de Gorner y al día siguiente nos trasladamos a Chamonix. Con la ascensión de tres cuatromiles el Mont Blanc no podía intimidarnos. Efectuándola por la ruta clásica de esquí, el nivel absoluto (1.756) era ligeramente superior al logrado por nosotros el día anterior (1.704) e inferior al del Monte Rosa (1.839). Sin embargo, las previsiones no eran satisfactorias y ante la ingrata perspectiva, experimentada en otras ocasiones, de permanecer varios días expectantes en esa abigarrada población, preferimos dejarlo para mejor ocasión.

Ascensión realizada por: Iñaki Bordegaray y Luis Alejos en Junio de 1985.

luminosidad del amanecer nos permite comprobar las grandiosas proporciones de los parajes que estamos recorriendo. La meta que perseguimos sigue pareciendo distante, mas el constante ascenso del altímetro confirma que nos acercamos.

Al cruzar la frontera de los cuatromil (3,30) celebramos el acontecimiento con una parada. Las dos altivas cumbres hacia las cuales nos dirigimos con rumbo ESE aparecen ya perfectamente individualizadas, siendo identificables sus itinerarios de ascenso. El primero discurre entre ambas cimas, atravesando una muralla de seracs para llegar al Silbersattel (4.515), uno de los más altos collados accesibles con esquís. Desde él se alcanza el Nordend (4.609) siguiendo una cresta de nieve. El segundo conduce al Dufourspitze (4.634), llegando con esquís a una horcada de la arista occidental denominada Sattel (4.350), donde se prosigue por la cresta hasta la cima.

En tres horas y media hemos conseguido 1.200 metros de desnivel; la euforia que nos produce ver las cumbres tan cerca hace que nos planteemos la apuesta de la cota princi-

